



Día 06 - Nuevo Testamento y Tradición.

† Encíclica **Haurietis Aquas** (Pío XII) †

Sobre el culto al Sagrado Corazón de Jesús

II. NUEVO TESTAMENTO TRADICIÓN

9. Pero tan sólo por los Evangelios llegamos a conocer con perfecta claridad que la Nueva Alianza estipulada entre Dios y la humanidad —de la cual la alianza pactada por Moisés entre el pueblo y Dios, fue tan solo una prefiguración simbólica, y el vaticinio de Jeremías una mera predicción— es la misma que estableció y realizó el Verbo Encarnado, mereciéndonos la gracia divina. Esta Alianza es incomparablemente más noble y más sólida, porque a diferencia de la precedente, no fue sancionada con sangre de cabritos y novillos, sino con la sangre sacrosanta de Aquel a quienes aquellos animales pacíficos y privados de razón prefiguraban: «el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»¹. Porque la Alianza cristiana, más aún que la antigua, se manifiesta claramente como un pacto fundado no en la servidumbre o en el temor, sino en la amistad que debe reinar en las relaciones entre padres e hijos. Se alimenta y se consolida por una más generosa efusión de la gracia divina y de la verdad, según la sentencia del evangelista san Juan: «De su plenitud todos nosotros recibimos, y gracia por gracia. Porque la ley fue dada por Moisés, mas la gracia y la verdad por Jesucristo han venido»².

Introducidos por estas palabras del discípulo «al que amaba Jesús, y que, durante la Cena, reclinó su cabeza sobre el pecho de Jesús»³, en el mismo misterio de la infinita caridad del Verbo Encarnado, es cosa digna, justa, recta y saludable, que nos detengamos un poco, venerables hermanos, en la contemplación de tan dulce misterio, a fin de que, iluminados por la luz que sobre él proyectan las páginas del Evangelio, podamos también nosotros experimentar el feliz cumplimiento del deseo significado por el Apóstol a los fieles de Éfeso: «Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, de modo que, arraigados y cimentados en la caridad, podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, hasta conocer el amor de Cristo, que sobrepuja a todo conocimiento, de suerte que estéis llenos de toda la plenitud de Dios»⁴.

10. En efecto, el misterio de la Redención divina es, ante todo y por su propia naturaleza, un misterio de amor; esto es, un misterio del amor justo de Cristo a su Padre celestial, a quien el sacrificio de la cruz, ofrecido con amor y obediencia, presenta una satisfacción sobreabundante e infinita por los pecados del género humano: «Cristo sufriendo, por caridad y obediencia, ofreció a Dios algo de mayor valor que lo que exigía la compensación por todas las ofensas hechas a Dios por el género humano»⁵. Además, el misterio de la Redención es un misterio de amor misericordioso de la augusta Trinidad y del Divino Redentor hacia la humanidad entera, puesto que, siendo esta del todo incapaz

¹ Cf. Jn 1, 29; Heb 9, 18-28; 10, 1-17.

² Jn 1, 16-17.

³ *Ibid.*, 21.

⁴ Ef 3, 17-19.

⁵ Sum. theol. 3, 48, 2: ed. Leon. 11 (1903) 464.



de ofrecer a Dios una satisfacción condigna⁶ por sus propios delitos⁷, Cristo, mediante la inescrutable riqueza de méritos, que nos ganó con la efusión de su preciosísima Sangre, pudo restablecer y perfeccionar aquel pacto de amistad entre Dios y los hombres, violado por vez primera en el paraíso terrenal por culpa de Adán y luego innumerables veces por las infidelidades del pueblo escogido.

Por lo tanto, el Divino Redentor, en su cualidad de legítimo y perfecto Mediador nuestro, al haber conciliado bajo el estímulo de su caridad ardentísima hacia nosotros los deberes y obligaciones del género humano con los derechos de Dios, ha sido, sin duda, el autor de aquella maravillosa reconciliación entre la divina justicia y la divina misericordia, que constituye esencialmente el misterio trascendente de nuestra salvación. Muy a propósito dice el Doctor Angélico: «Conviene observar que la liberación del hombre, mediante la pasión de Cristo, fue conveniente tanto a su justicia como a su misericordia. Ante todo, a la justicia; porque con su pasión Cristo satisfizo por la culpa del género humano, y, por consiguiente, por la justicia de Cristo el hombre fue libertado. Y, en segundo lugar, a la misericordia; porque, no siéndole posible al hombre satisfacer por el pecado, que manchaba a toda la naturaleza humana, Dios le dio un Redentor en la persona de su Hijo». Ahora bien: esto fue de parte de Dios un acto de más generosa misericordia que si Él hubiese perdonado los pecados sin exigir satisfacción alguna. Por ello está escrito: «Dios, que es rico en misericordia, movido por el excesivo amor con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos volvió a dar la vida en Cristo»⁸.

Amor divino y humano

11. Pero a fin de que podamos en cuanto es dado a los hombres mortales, «comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la alteza y la profundidad»⁹ del misterioso amor del Verbo Encarnado a su celestial Padre y hacia los hombres manchados con tantas culpas, conviene tener muy presente que su amor no fue únicamente espiritual, como conviene a Dios, puesto que «Dios es espíritu»¹⁰. Es indudable que de índole puramente espiritual fue el amor de Dios a nuestros primeros padres y al pueblo hebreo; por eso, las expresiones de amor humano conyugal o paterno, que se leen en los Salmos, en los escritos de los profetas y en el Cantar de los Cantares, son signos y símbolos del muy verdadero amor, pero exclusivamente espiritual, con que Dios amaba al género humano; al contrario, el amor que brota del Evangelio, de las cartas de los Apóstoles y de las páginas del Apocalipsis, al describir el amor del Corazón mismo de Jesús, comprende no sólo la caridad divina, sino también los sentimientos de un afecto humano. Para todos los católicos, esta verdad es indiscutible. En efecto, el Verbo de Dios no ha tomado un cuerpo ilusorio y ficticio, como ya en el primer siglo de la era cristiana osaron afirmar algunos herejes, que atrajeron la severa condenación del apóstol san Juan: «Puesto que en el mundo han salido muchos impostores: los que no confiesan a Jesucristo como Mesías venido en carne. Negar esto es ser un impostor y el anticristo»¹¹. En realidad, Él ha unido a su Divina Persona una naturaleza humana individual, íntegra y perfecta, concebida en el seno purísimo de la Virgen María por

⁶ Según la RAE: Dicho de una cosa: Que corresponde a otra o se sigue naturalmente de ella; como el premio a la virtud, y la pena al delito.

⁷ Cf. enc. Misericordissimus Redemptor: AAS 20 (1928) 170.

⁸ Ef 2, 4; Sum. theol. 3, 46, 1 ad 3; ed. Leon. 11 (1903) 436.

⁹ Ef 3, 18.

¹⁰ Jn 4, 24.

¹¹ 2 Jn 7.



virtud del Espíritu Santo¹². Nada, pues, faltó a la naturaleza humana que se unió al Verbo de Dios. Él la asumió plena e íntegra tanto en los elementos constitutivos espirituales como en los corporales, conviene a saber: dotada de inteligencia y de voluntad todas las demás facultades cognoscitivas, internas y externas; dotada asimismo de las potencias afectivas sensibles y de todas las pasiones naturales. Esto enseña la Iglesia católica, y está sancionado y solemnemente confirmado por los Romanos Pontífices y los concilios ecuménicos: «Entero en sus propiedades, entero en las nuestras»¹³; «perfecto en la divinidad y El mismo perfecto en la humanidad»¹⁴; «todo Dios [hecho] hombre, y todo el hombre [subsistente en] Dios»¹⁵.

12. Luego si no hay duda alguna de que Jesús poseía un verdadero Cuerpo humano, dotado de todos los sentimientos que le son propios, entre los que predomina el amor, también es igualmente verdad que Él estuvo provisto de un corazón físico, en todo semejante al nuestro, puesto que, sin esta parte tan noble del cuerpo, no puede haber vida humana, y menos en sus afectos. Por consiguiente, no hay duda de que el Corazón de Cristo, unido hipostáticamente a la Persona divina del Verbo, palpitó de amor y de todo otro afecto sensible; mas estos sentimientos estaban tan conformes y tan en armonía con su voluntad de hombre esencialmente plena de caridad divina, y con el mismo amor divino que el Hijo tiene en común con el Padre y el Espíritu Santo, que entre estos tres amores jamás hubo falta de acuerdo y armonía¹⁶.

[...] los Símbolos de la fe, en perfecta concordia con la Sagrada Escritura, nos aseguran que el Hijo Unigénito de Dios tomó una naturaleza humana capaz de padecer y morir, principalmente por razón del Sacrificio de la cruz, donde Él deseaba ofrecer un sacrificio cruento a fin de llevar a cabo la obra de la salvación de los hombres. [...]

Santos Padres

13. Los Santos Padres, testigos verídicos de la doctrina revelada, entendieron muy bien lo que ya el apóstol san Pablo había claramente significado, a saber, que el misterio del amor divino es como el principio y el coronamiento de la obra de la Encarnación y Redención. Con frecuente claridad se lee en sus escritos que Jesucristo tomó en sí una naturaleza humana perfecta, con un cuerpo frágil y caduco como el nuestro, para procurarnos la salvación eterna, y para manifestarnos y darnos a entender, en la forma más evidente, así su amor infinito como su amor sensible.

San Justino [...] escribe lo siguiente: «Amamos y adoramos al Verbo nacido de Dios inefable y que no tiene principio: El, en verdad, se hizo hombre por nosotros para que, al hacerse partícipe de nuestras dolencias, nos procurase su remedio»¹⁷. Y San Basilio [...] afirma que los afectos sensibles de Cristo fueron verdaderos y al mismo tiempo santos: «Aunque todos saben que el Señor poseyó los afectos naturales en confirmación de su verdadera y no fantástica encarnación, sin embargo, rechazó de sí como indignos de su purísima divinidad los afectos viciosos, que manchan la pureza de nuestra vida»¹⁸. [...]

¹² Cf. Lc 1, 35.

¹³ S. León Magno, Ep. dogm. «Lectis dilectionis tuae» ad Flavianum Const. Patr. 13 jun. a. 449: cf. PL 54, 763.

¹⁴ Conc. Chalced. a. 451: cf. Mansi, op. cit. 7, 115 B.

¹⁵ S. Gelasio Papa, tr. 3: «Necessarium», de duabus naturis in Christo: cf. A. Thiel Epist. Rom. Pont. a S. Hilario usque ad Pelagium II, p. 532.

¹⁶ Cf. S. Th. Sum. theol. 3, 15, 4; 18, 6: ed. León. 11 (1903) 189 et 237.

¹⁷ Apol. 2, 13 PG 6, 465.

¹⁸ Ep. 261, 3 PG 32, 972.



San Juan Crisóstomo [...] confiesa que las conmociones sensibles de que el Señor dio muestra prueban irrecusablemente que poseyó la naturaleza humana en toda su integridad: «Si no hubiera poseído nuestra naturaleza, no hubiera experimentado una y más veces la tristeza»¹⁹.

[...] San Ambrosio afirma que la unión hipostática es el origen natural de los afectos y sentimientos que el Verbo de Dios encarnado experimentó: «Por lo tanto, ya que tomó el alma, tomó las pasiones del alma; pues Dios, como Dios que es, no podía turbarse ni morir»²⁰.

En estas mismas reacciones apoya San Jerónimo el principal argumento para probar que Cristo tomó realmente la naturaleza humana: «Nuestro Señor se entristeció realmente, para poner de manifiesto la verdad de su naturaleza humana»²¹.

Particularmente, San Agustín nota la íntima unión existente entre los sentimientos del Verbo Encarnado y la finalidad de la Redención humana: «Jesús, el Señor, tomó estos afectos de la humana flaqueza, lo mismo que la carne de la debilidad humana, no por imposición de la necesidad, sino por consideración voluntaria, a fin de transformar en sí a su Cuerpo que es la Iglesia, para la que se dignó ser Cabeza; es decir, a fin de transformar a sus miembros en santos y fieles suyos; de suerte que, si a alguno de ellos le aconteciere contristarse y dolerse en las tentaciones humanas, no se juzgase por esto ajeno a su gracia, antes comprendiese que semejantes afecciones no eran indicios de pecados, sino de la humana fragilidad; y como coro que canta después del que entona, así también su Cuerpo aprendiese de su misma Cabeza a padecer»²².

[...] san Juan Damasceno: [...] «Cristo, pues, asumió los elementos todos que componen la naturaleza humana, a fin de que todos fueran santificados»²³.

Corazón físico

14. Es, sin embargo, de razón que ni los Autores sagrados ni los Padres de la Iglesia que hemos citado y otros semejantes, aunque prueban abundantemente que Jesucristo estuvo sujeto a los sentimientos y afectos humanos y que por eso precisamente tomó la naturaleza humana para procurarnos la eterna salvación, no refieran expresamente dichos afectos a su corazón físicamente considerado, hasta hacer de él expresamente un símbolo de su amor infinito.[...]

Símbolo del triple amor de Cristo

15. Luego, con toda razón, es considerado el corazón del Verbo Encarnado como signo y principal símbolo del triple amor con que el Divino Redentor ama continuamente al Eterno Padre y a todos los hombres. [...]

Además, el Corazón de Cristo es símbolo de la ardentísima caridad que, infundida en su alma, constituye la preciosa dote de su voluntad humana y cuyos actos son dirigidos e iluminados por una doble y perfectísima ciencia, la beatífica y la infusa²⁴.

¹⁹ In Io. homil. 63, 2 PG 59, 350.

²⁰ De fide ad Gratianum 2, 7, 56 PL 16, 594.

²¹ Cf. Super Mt 26, 37 PL 26, 205.

²² Enarr. in Ps. 87, 3 PL 37, 1111.

²³ De fide orth. 3, 20 PG 94, 1081.

²⁴ Cf. Sum. theol. 3, 9, 1-3; ed. Leon. 11 (1903) 142.



Finalmente, y esto en modo más natural y directo, el Corazón de Jesús es símbolo de su amor sensible, pues el Cuerpo de Jesucristo, plasmado en el seno castísimo de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, supera en perfección, y, por ende, en capacidad perceptiva a todos los demás cuerpos humanos²⁵.

16. Aleccionados, pues, por los Sagrados Textos y por los Símbolos de la fe, sobre la perfecta consonancia y armonía que reina en el alma santísima de Jesucristo y sobre cómo Él dirigió al fin de la Redención las manifestaciones todas de su triple amor, podemos ya con toda seguridad contemplar y venerar en el Corazón del Divino Redentor la imagen elocuente de su caridad [...]

Después que su Cuerpo, revestido del estado de la gloria sempiterna, se unió nuevamente al alma del Divino Redentor, victorioso ya de la muerte, su Corazón Sacratísimo no ha dejado nunca ni dejará de palpitar con imperturbable y plácido latido, ni cesará tampoco de demostrar el triple amor con que el Hijo de Dios se une a su Padre eterno y a la humanidad entera, de la que con pleno derecho es Cabeza Mística.

† Día 06 - **Texto para meditar** †

Del libro de Jean Croiset *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús - Una verdadera mortificación*.

No hay casi hora del día en que no se presente alguna ocasión de mortificación. Tanto si estamos sentados o de pie, jamás dejará de hallarse un lugar o una postura menos cómoda sin que los demás lo vean; cien veces que nos interrumpen en una ocupación muy seria, cien veces podremos responder con tanta dulzura y cortesía como si no tuviésemos nada que hacer. El mal humor de aquellos con los que tratamos, las imperfecciones de los que conviven con nosotros, la ingratitud de alguien a quien le hemos hecho un bien... pueden ejercitar mucho la paciencia del que es sólidamente virtuoso. En fin, todas las incomodidades, las propias del lugar, del tiempo y de las personas, podemos sufrirlas de modo que no se echen de ver, son pequeñas ocasiones de mortificarse, pero no es una pequeña mortificación; es más, tiene un gran mérito y puede decirse que las gracias más grandes y la mayor santidad dependen muchas veces de la generosidad que tenemos en mortificarnos constantemente en estas pequeñas ocasiones.”

Y así, viviendo una vida mortificada podremos decir con san Claudio de la Colombière: *“Mirar a Jesucristo me hace tan amable la Cruz, que me parece que sin ella no puedo ser dichoso. Miro con respeto a aquellos a quienes Dios visita con humillaciones y adversidades de cualquier suerte. Sin duda, son sus favorecidos”*.

Meditemos ahora cuáles deben ser los pensamientos de Jesús al sentirse tan humillado todos los días en la Eucaristía, incluso por los cristianos, a pesar de que la instituyó para

²⁵ Cf. *ibíd.* 3, 33, 2 ad 3; 46, 6: ed. Leon. 11 (1903) 342, 433.



satisfacer su amor hacia nosotros. Incluso si Jesucristo no hubiera obrado este milagro, incluso si no nos hubiera amado hasta el límite, ¿sería esa una razón para no amarlo?

Cristianos, ¿No ha hecho el Salvador más que suficiente para merecer nuestro amor? Y si su amor extremo le ha llevado a hacer lo que nos parece excesivo, ¿va a ser ese amor sin límites el que impida que le amemos, o, peor aún, va a ser la causa de que le despreciemos? ¿no es lo que ha pasado desde que instituyó este misterio? ¿No se cumplen hoy las palabras de los profetas, que dijeron: «Que se harte de oprobios», «despreciable y despojo de hombres», por el trato que recibe en el Santísimo Sacramento? La ingratitud y la impiedad de quienes le condenaron nos provocan una justa indignación. Vemos, sin embargo, esa impiedad e ingratitud renovada en las humillaciones a las que su amor expone a Jesucristo cada día en el Santísimo Sacramento, ¿y nunca nos conmovemos?

Hasta ahora, oh Salvador, hemos sido desagradecidos contigo. Hemos respondido a tus dones con frialdad y descuido. Tú, sin embargo, continúas mostrándonos tu misericordia a pesar de nuestra infidelidad. Concédenos morir de dolor o vivir en un continuo arrepentimiento por haber amado tan poco a Dios, que nos quiere hasta el infinito, y que nos da continuamente en la Eucaristía la prueba de amor más grande que haya existido jamás.

De ahora en adelante os amaremos, oh Salvador, y os adoraremos y os alabaremos en el Santísimo Sacramento. Empezaremos a demostraros amor comportándonos con modestia y respeto en tu presencia; por medio de una devoción ardiente a tu Sagrado Corazón y un deseo sincero de reparar, en lo que esté a nuestro alcance, las ofensas que se os han infligido, y que continúan infligiéndoos diariamente contra el Sacramento de vuestro Amor. Concédenos que estas disposiciones continúen hasta la muerte.

† Letanías al Sagrado Corazón de Jesús†

Señor, ten piedad de nosotros - *Señor, ten piedad de nosotros.*

Cristo, ten piedad de nosotros - *Cristo, ten piedad de nosotros.*

Señor, ten piedad de nosotros - *Señor, ten piedad de nosotros.*

Cristo, óyenos - *Cristo, óyenos.*

Cristo, escúchanos - *Cristo, escúchanos.*

Dios, Padre celestial, *ten piedad de nosotros.*

Dios Hijo, Redentor del mundo, *ten piedad de nosotros.*

Dios Espíritu Santo, *ten piedad de nosotros.*

Trinidad Santa, un solo Dios, *ten piedad de nosotros.*



Antes de cada invocación decir **Corazón de Jesús,**
y **después** de cada invocación, decir **ten piedad de nosotros.**

Hijo del Eterno Padre.
Formado por el Espíritu Santo en el seno de
la Virgen María,
Unido substancialmente al Verbo de Dios,
De majestad infinita,
Templo santo de Dios,
Tabernáculo del Altísimo,
Casa de Dios y puerta del cielo,
Lleno de bondad y amor,
Hoguera ardiente de caridad,
Asilo de justicia y de amor,
Lleno de bondad y de amor,
Abismo de todas las virtudes,
Digno de toda alabanza,
Rey y centro de todos los corazones,
En quien están todos los tesoros de la
sabiduría y la ciencia,
En quien habita toda la plenitud de la
divinidad,

En quien el Padre halló sus complacencias,
En cuya plenitud todos hemos recibido,
Deseo de los eternos collados,
Paciente y de mucha misericordia,
Rico para todos los que te invocan,
Fuente de vida y de santidad,
Propiciación por nuestros pecados,
Despedazado por nuestros delitos,
Hecho obediente hasta la muerte,
Traspasado por una lanza,
Vida y resurrección nuestra,
Paz y reconciliación nuestra,
Víctima de los pecadores,
Salvación de los que en Ti esperan,
Esperanza de los que en Ti mueren y
esperan,
Delicia de todos los santos,

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, **perdónanos, Señor.**

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, **óyenos, Señor.**

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, **ten piedad y misericordia de nosotros.**

Jesús, manso y humilde de corazón, **haz nuestro corazón semejante al Tuyo.**

Sagrado Corazón de Jesús, **en Vos confío.**

Inmaculado Corazón de María, **salvad el alma mía.**

